

La Moda Práctica



AÑO II.

MADRID - 21 DE ABRIL DE 1909.

NÚM. 69.

La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

EXPLICACIÓN DE nuestras planas en color.

Lo esperábamos.

En estas rápidas y modestísimas crónicas de nuestros figurines, habíamos presentado el cambio, la modificación de los vestidos inspirados en el estilo Imperio y Directorio.

La variación no puede calificarse de original. Se inspira en los gustos de la Edad Media; no modifica el talle alto de los vestidos hechura princesa.

La novedad se reduce á hacer un cuerpo largo ligeramente ajustado, á cuyo borde inferior van fruncidos los paños de la falda y recogida graciosamente á los costados.

El figurín de nuestra primera plana es el de un modelo de la nueva moda para confeccionar en foulard ó batistas estampadas. El cuerpo va adornado con un gran pechero de encaje limitado por entredós, y sobre él un cuello de tul finísimo con escote redondo en su borde inferior, y adorno de cinta de seda en su borde superior.

Las mangas son de encaje, largas, con sobremangas cortas, al brazo, de la talle del vestido.

Un entredós adorna el borde del canesú bajo del cuerpo, en el frunce, con la falda.

En nuestra doble plana para ama de vestidos y blusas gran novedad.

Número 1.—Es una *toilette*, de paseo, en popelín; cuerpo dispuesto en fichú, delantero con pliegues de través y ribetes y cintura en bordados de seda ó fantasía. Guimpé en Irlanda. Falda túnica de dos paños, adornada de una banda de popelín. La vista de la enagua, que queda debajo de la túnica, va pegada de través; el cierre del vestido es por detrás.

Número 2.—Es un vestido de paseo en paño seda; cuerpo blusa con delanteros á modo de ti antes, y solapas y ribetes de soutaché. Plastrón en tul. Falda corselete en paños laterales sesgados, botones de metal y cierre por delante sobre el lado.

Número 3.—Es otro vestido de paseo, en paño de seda; cuerpo blusa con charreteras; bordado de soutaché y rolletes de liberty en el mismo tono. Plastrón en tul blanco con pliegues lencería. Falda de tres paños, delantero cuneiforme y cintura de la misma tela; cierre del cuerpo y de la falda por detrás.

Número 4.—Traje princesa en paño de seda, con la parte alta simulando bolero, con fruncido cruzado; los bordados son de soutaché; el plastrón y mangas en muselina de seda, las últimas adornadas con entredós de encaje; el cierre por detrás.

Número 5.—Vestido en tesor, con cuerpo blusa, adornado de una camiseta fruncida y de tirantes forma fichú; bordado en seda multicolor sobre raso liberty del mismo tono. Plastrón de tul pintado. Sobremangas de ribetes de pespunte. Submangas

plegadas al través. Falda corselete de tres paños, recordando el efecto del cuerpo. El cierre de éste es por delante, á la izquierda, y el de la falda, de lado, á la derecha.

Número 6.—Vestido forma princesa, en Shantung, bordada al cordoncillo en el mismo tono. Los bordes de pespunte. La cintura y el vivo de liberty. Plastrón y mangas de tul plegado, en doble sentido. Botones de pasamanería. Cierre por delante, al lado.

Número 7.—Blusa en satén, con grandes tablas desde los hombros á la cintura; cierre á un lado, bordado con un entredós de encaje y una puntilla de encaje también. Mangas con pliegues en la parte alta y entredós en manga y submangas.

Número 8.—Blusa en satén, punteado con pliegues anchos y estrechos en sentido vertical en el cuerpo y transversales en las mangas.

En nuestra octava plana, nuevos modelos prácticos de vestidos y chaquetas para la temporada.

Número 1.—Traje princesa, en paño de damas. Los paños del dorso con sardinetas cortadas que pasan sobre el de delante. Guimpé en tul blanco con puntitos bordados. Botones de la misma tela y cierre á la izquierda, á un lado.

Número 2.—*Toilette* en teriz de seda, cuerpo blusa, delantero llano, adornado de botones de la misma tela y de encaje Irlanda. Mangas con pliegues de través. Cuello en batista de seda blanca. Corbata y cintura de liberty negro. Falda de tres paños, adornada de Irlanda. Cierre por detrás.

Número 3.—Traje princesa en cachemira. Los paños laterales con sardinetas cortadas y soutaché. Botones y lacites de pasamanería, vivo de liberty negro, plastrón en encaje de tul y cierre por detrás.

Número 4.—Chaqueta medio ajustada, hechura sastre, con costuras aplastadas, sardinetas de tela y botones en seda liberty negro.

Número 5.—Chaqueta medio ajustada en cheviot, con paños laterales cortados de través. Cuello chal en teriz blanco, sobrepujado de liber y negro y botones de pasamanería.

EGOS DE LA MODA

Por Carnaval comenzaron á iniciarse las modas primaverales, que siempre se adelantan los primeros modelos. Así, ahora que apenas hemos salido de la cuaresma, ya han hecho su aparición figurines de estío. Mas como aún no se puede asegurar si estos avances resultarán del gusto general, suspéñamos por hoy el noticiario novedades, y dediquemos la crónica de esta semana á disertar unas *mitiás* acerca de la elegancia.

La elegancia—dice con gran justicia la duquesa Laureana—es un arte que se parece á la escultura por la gracia de las líneas, y á la pintura por

la armonía de los colores, la gradación sabia de las tintas y medias tintas, por la composición más ó menos original de un atavío ó un adorno, por lo picante de un detalle, por la feliz concepción del conjunto.

Es algo personalísimo, añadimos nosotras, estoy por decir que innato.

Muchas mujeres, con sólo los recursos del buen gusto, se cuentan entre las irresistiblemente seductoras. Claro es, que aplicando este buen gusto á todos los detalles físicos y morales de su persona.

La elegancia se puede adquirir, en parte, huyendo de lo chillón, raro y exótico y poniendo un cuidadoso esmero en todos los detalles de la *toilette*. Es preciso que poseamos el *chic* que popularizaron las francesas.

Casi siempre, á un cabez hueca corresponde un corazón macizo, escribió el filósofo, y, parodiándolo, dijo la Maintenon, que una mujer vulgar, desprovista de talento, no puede ser elegante en el verdadero sentido de la palabra.

El *chic* es cosa muy diferente de la distinción. El primero es algo imprevisto, inédito, coqueto y sutil, pintoresco y, sobre todo, que no se enseña. La distinción, en cambio, es susceptible de ser aprendida, y ya en ella adiestrada lograr una dama justa reputación de mujer elegante.

Estriba la distinción en la medida perfecta, en lo atenuado de los colores, en inspirarse siempre en la sencillez. Lo asegura, bajo su firma reputadísima, una eximia escritora de *trapos*. «La primera ley de la verdadera elegancia es no apartarse jamás de la armonía, que es la condición absoluta de la belleza, así en la línea como en la forma y en los colores y, por consiguiente, hay que seguir en el traje las líneas naturales del cuerpo.»

Por eso son antieéticas muchas de las modas que siguen las damas de un modo ciego, sin considerar que sólo el triunfo del buen sentido haría desaparecer esas rarezas con que á veces se nos agobia y con las que, á pretexto de hacernos elegantes, se conspira en contra de la distinción y belleza.

La elegancia es un principalísimo elemento de atracción. Admitido que las mujeres tengan por misión esencial agradar y seducir, desde luego con buenas artes y en el inocente sentido de la palabra, no hay otro remedio que apelar al recurso de ser elegantes, que á pesar de haberlo afirmado Proudhomme, la belleza no es la mujer toda. Por encima de ella está la gracia, la distinción y el *chic*, esa palabra que tanto oímos, que no se encuentra en el diccionario español, ni en el francés tampoco, pero que expresa elocuentemente, con arte parisiense, uno de los mayores atractivos de que puede disponerse en el combate del amor.

Las francesas tienen en todo el orbe una reputación de bellezas, que no estriba—generalmente hablando—ni en la fuerza de las líneas, ni en la estética pura.

Esta reputación se la deben al no se qué especial con que saben ataviarse, cuidando con cariño la perpetuación de la leyenda.

Es un arte viviente con que se rivalizan el artificio de su tocado y del que deberíamos aprender mucho las españolas, más guapas, pero ayunas de sabias coqueterías, con las que, á decir verdad—dentro de lo dicho—, es más fácil «dar el golpe» que con la hermosura «á secas».

LA CONDESA FLOR DE LIS.



Elegante *toilette* en foulard color fresa, con mangas transparentes en muselina de seda, haciendo faro en el codo. Cuerpo fruncido á los costados. Adorno de bullones estrechitos en la misma forma en el pechero y en el canesú de la falda.

LOS DRAMAS DE LA VIDA

EL HONOR

Elena saludó á su marido y se dirigió á su camarote. Era noche de primavera, serena y tibia, y el tranquilo mar, tenuemente rizado, se extendía sin fin con inquietas irisaciones de plata. El cielo estaba muy claro y la luz de la luna oscurecía la de las estrellas, no dejando percibir, pálidas é inmóviles, más que las de primera magnitud. El barco corría sin cabeceo, cortando el agua con firme impulso. Suave brisa gemía entre las cuerdas del aparejo, tomando algunas veces, cuando soplaban con más fuerza, vago tono vibrante y musical, como si se agitase un arpa invisible. Sobre cubierta sólo estaban los marineros de servicio... Roberto se levantó y dirigióse á proa con la cabeza baja; miró un rato al mar y volvió á popa. Su blanca frente tenía la contracción dolorosa y abría y cerraba los ojos con febril rapidez. Otra vez se sentó. Canturreaba un marinero y trasladó su silla lejos del impertinente, con disgusto y rabia.

«No puedo—se le oyó decir—, no puedo. Es más fuerte que yo, más grande... ¡Ah, Elena!» E inclinó la cabeza sobre el pecho. De la escotilla de babor surgió una sombra. Era Elena, que llegó junto á su marido, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—Ven á dormir. Te hace daño el relete. Cuidado que eres terco... Anda, anda.

Y le empujaba dulcemente. Roberto levantó la cabeza. En su mirada fulguró un resplandor amarillo y se contrajo violentamente su faz.

—Déjame, vete—contestó con opaca voz.

Elena quedó ante él yerta, con los ojos muy abiertos, ante la inmensidad del mar dormido. Una lágrima que brotó sin gesto alguno, deslízase por su cara. El capitán levantó la cabeza y la vió.

—No; no flores... Perdóname. ¡Herón, Elena... ¡Oh, cómo soy! ¡Qué miserable!... Vete; no me mires... Aborréceme.

Y huyó hacia la banda opuesta, recostándose con la vista sobre el agua. Elena le siguió.

—Ven, hombre; ven. Tuvo la voz de su mujer tan suave y arrullador tono, que Roberto levantó rápidamente la cabeza.

—¿Quieres paz?—preguntó ella.

—Oh, sí, sí!...

—Pues mira... El rostro de Elena se transfiguró; diríase que fosforescía, iluminándose el barco con un resplandor diamantino. Sus ojos se abrieron magníficos, como para abarcar todo el espacio, y su mano señaló á lo lejos.

—¡Ve!

Roberto alargó la cabeza, atisbando en la líquida lejanía del horizonte.

—¿No ves la sombra, con la herida en el pecho, sangrando todavía? ¿No la ves?

—No, no, Elena.

Elena dejó caer el brazo desfallecido.

—No habrá paz.

Tal dijo con triste acento y desapareció en las sombras del barco.

UN CAMAROTE.—(Elena escri-

be): «No quiere paz. Es rebelde, soberbio. Todo su amor no puede que su altivez... Sé que le peregrina sin tregua la sombra de mi hermano, invitándole á la colisión, para salvarle de este naufragio de nuestro cariño, como nave destrozada que hace agua por todas partes... No quiere ver esa sombra sangrienta, con la herida fresca siempre, recuerdo vivo del negro drama. Yo estoy resignada. Por mí no sufre. La calumnia no llegó á mí, y si llegó no pudo mancharme. Mas me hiere y angustia la pérdida suya; su terca dignidad. Desde que nos casamos... apenas terminó la ceremonia (qué fúnebre resultó), empecé mi campaña. ¿Por qué aquel insulto? Le hablé de los amigos; no me contestó. De su propia obcecación, de un error, de una obsesión, de una mentira intencionada... Silencio siempre. Una vez me dijo. «De la calumnia no hablemos. De lo otro, bien muerto está.» Y me volvió la espalda. No cabe duda que entre él y mi hermano había resentimiento hondo, antiguo. Lo de la calumnia fué un pretexto para batirse. Mi hermano sabía el secreto del sordo rencor, estallado á nuestra vista repentinamente, con tan violenta cólera... ¡Pobre capitán! Siempre que tengo ocasión le llevo al mismo camino. Una palabra, un gesto de arrepentimiento y le abriré los brazos. Se lo dije el día de la boda.

«Me caso porque á ello me obliga un pacto de familia; pero, intimamente no seré nunca tu esposa, nunca... es decir, hasta que te arrepientas de tu delito. Entre los dos está mi hermano... tu bárbara calumnia.» Y me quiere, también lo sé; me adora. Le he sorprendido varias veces en éxtasis ante un retrato mío que lleva en su cartera. ¿Por qué no ha de ceder? ¿Es tan poderosa esa fuerza del amor propio?... Basta por hoy; estoy cansada. Mañana continuaré.»

UN CAMAROTE.—(Roberto piensa.)—«Elena, Elena mía! ¡Qué lejos estás de mí!... Cada vez más lejos. ¿Por mi culpa? No; no... Por culpa del azar, del destino... Todos á escupirme; yo solo ante todos. Alguno tenía que caer. ¡Ah! Pero aquí dentro hay ternura, delicadísima ternura... Soy bueno, acaso grande. No soy vulgar. Si me comprendieran... ¡Pobre Elena! El hermanito fué quien hizo el daño. Aquella palabra fué un salvazo... Inklusero, canalla... Me ahogó una ola roja. Lo primero que se me ocurrió fué otro insulto... ¡Qué insulto, Elena de mi vida! Después le invité á un duelo... ¡Ay! Ante el cadáver respiré gozoso. ¡Y qué noche pasé en colloquio con mi propia persona! ¡Qué terrible diálogo! Me justificué. Sí; yo, que también tengo conciencia, quizá más inexorable que la del resto de la humanidad, me hallé sin mancha. Después de todo, me había defendido, había defendido á mi madre, la inclusera bondadosa... Luego, se casó Elena conmigo. Fué un pacto de familia que no pudo romper la tragedia. No me atreví á mirarla cara á cara. Mi pasión rompió en llanto aquella noche... Marido y mujer para el mundo, na-

da más, hasta que me arrepintiese... ¡Arrepentirme! ¿De qué? ¿De ser hombre, de ser digno, de ser justo? Quisiera arrepentirme. ¡Puede tanto mi amor á Elena!... Pero aquí dentro grambran mis amarguras; esa sombra de mi pasado, tenaz y cruel. ¿De dónde vine? ¿De qué nido se me arrojó?... No; no, Dios mío; no puedo arrepentirme. Cúmplase la voluntad de Elena; perezca mi amor y yo abrasado en su fuego potente; pero no puedo abdicar de mi dignidad. Seré sobrio, duro, lo que quieran... maldígame. Tengo conmigo contraído un compromiso de honor. De honor, ¡lo oyes? Cuando me arrojaron en el muladar, no le tenía; después, le tuve que hacer con lágrimas mías y ajenas, con despojos de los demás, á costa de todos. Hoy tengo honor... limpio, deslumbra... Lo que no tienen muchos que nacieron en el ambiente legal de sus deudos. Yo, yo... Elena mía... ¡cuánto te quiero! La mitad de mi vida es tuya. ¡Qué tormento dormir cerca de ti y no poder guardar tu sueño! Abre los ojos, mírame como soy. No repugno, no mancho. Los desgraciados estamos exentos de muchas maldades, aunque parezca que las tenemos todas. Quiéreme como desgraciado si no puedes soportarme como marido. Elena, ¿me oyes? Compasión, compasión... Dispensa estas altiveces, estas brusquedades y extravagancias de mi carácter. Todo ello es producto del lugar sin equilibrio en que la sociedad me ha colocado, como un funámbulo sobre la cuerda floja de mis antecesores sociales. Perdona este modo de ser. Yo tengo derecho á no parecerme á nadie. Compasión, Elena. Te la pide el expósito... el del muladar...»

La noche y el mar se prolongaban silenciosos, arrullados en su vaivén de olas y estrellas, como dos enamorados que dormitan sonriéndose. Sobre cubierta se oía el paso acompasado de los tres ó cuatro marineros de cuarto. Roberto apareció, dirigiéndose á su sitio habitual, solitario, sin otra luz que la del rutilante cielo. Allí quedó como ensimismado, contemplando un punto que él sólo veía. A su espalda se oyó un paso tenue. Elena se acercaba.

—No puedo dormir—dijo—; estoy inquieta, nerviosa.

Se sentó al lado de su marido, que se quedó mirándola.

—Elena, ¿en qué piensas?

—En ti!

—En mí?... ¿Tú?

Y ocultó la cabeza entre las manos.

—Yo, sí; como siempre.

—Calla, Elena.

—No quiero. Sabe que pienso en ti, porque te amo.

—Me amas, me amas... No me engañes, Elena, porque me tiro al mar.

—Te quiero...; pero oye, ¿piensas en eso?

—No.

—Entonces...

—Entonces no me amas, ¿verdad?... Elena, no me conoces; te empeñas en no conocerme. Y ello es fácil. Mi espíritu es transparente, no tiene sombras, no tiene manchas. Elena, de aquí (señalándose el corazón), de aquí sale esto que te digo. ¿Estimarás más acaso una palabra, una debilidad, que todo este edificio sombrío, pero gigante, de mi carácter?

—No hay tal edificio. Es un castillo de naipes...

—¡Oh, Elena! Más insultos...

—Más verdades.

—(Irguiéndose airado.) No, eso no. Verdad es lo que yo digo; verdad sangrienta, amasada con pedazos de mis entrañas, con toda mi vida... No quisieron que fuera digno. No me importa. Lo quiero yo... Y lo he conseguido... Á costa de alguien... ¿Qué remedio!

—Así piensas.

—Así.

—¿No pesa sobre ti sangre alguna?

—Calla, Elena.

—Contesta.

—Pues... no.

Levantóse Elena, dolorosamente contraído el rostro.

Roberto la cogió de una mano.

—No me dejes, Elena. Oye la furiosa tempestad que dentro de mí ruge en esta noche plácida; pon tu mano en mi frente. Verás qué lumbre. Estoy deshecho, agonizante. No puedo callar más.

Elena, te adoro. ¿Por qué este abismo? Soy un miserable... No, no; soy más grande que los demás. Soy un coloso de la desgracia. Pídemelo todo, todo menos que abdicar de lo que he levantado llorando sangre... toda mi vida heroica, en lucha contra la bafa y el desprecio. Desde lo alto, sobre el cadáver de quien flageló mi alma, no perdono, no olvido. Ello es justo, porque injustamente se me pisoteó. Elena, tenme lástima, mírame, tiende tu mano. No me abandones, no me martirices más, perdona á este maldito sus represalias.

Elena, sabes que te quiero... ¿Me perdonas? Elena, por Dios, perdóname.

—A cambio de... eso. De otra suerte, no.

La faz del capitán se contrajo como la de un epiléptico, amaratándose bruscamente, y sus ojos se abrieron rojos y terribles, en las dilatadas cuencas; soltó la mano de Elena y se arrojó por encima de la borda al mar.

Su mujer gritó, acudió la tripulación, se arrojaron cuerdas. Nada, nada... Cuando Elena se convenció de que allí quedaba para siempre su marido, pálida y temblorosa, mandó arrojarse á la marinería, bajo el cielo rutilante, y su voz, ahora fina y entrecortada, vibró en la calma de la noche.

—¡Por el alma del pobre capitán!

Todas las cabezas se inclinaron llenas de unción, y un rumor de plegaria gimió entre las cuerdas del aparejo. Rayaba el día.

ELVIRA ESTELLÉS MONTAGUD

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~

~~~~~





1

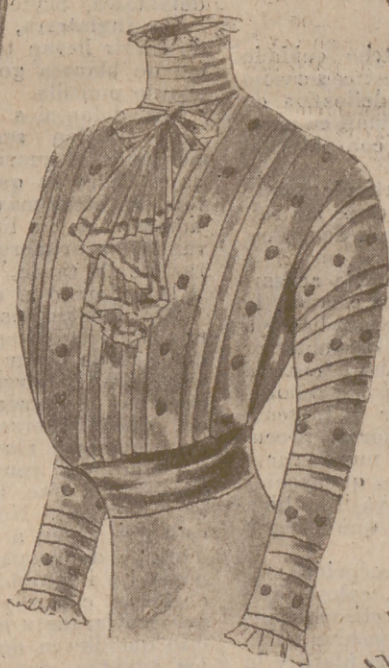
2

3

7

5







# Estafeta de La Moda Práctica

**Quiero saber la verdad.**—En la Administración han tomado nota de cuanto al respecto de su suscripción indica usted en su carta.

Mucho me satisface que le dé resultado la fórmula recomendada por mí.

Si, aconsejo á usted para lo que me dice, el agua de Carabaña. Las lociones de sulfuro de potasa son para que desaparezcan esos granitos llamados *barros*.

Eso que «se da» la señora del bocito, deben ser unos polvos secretos de belleza, que se designan en Franci con este gran talismán *Itoujours vingt ans!*

**A una ignoranta.**—Verdaderamente, señorita, que no se porqué se ha molesto usted en escribirme. ¿Cuál es su consulta? ¿Qué es lo que desea usted saber? ¿Conque tiene usted un novio honrado, forma, joven, de posición, guapo y amable y usted misma declara que se complace en darle disgustos? De lo íntimo del alma compadezco á ese pobre muchacho, que, en mi concepto, no tiene otro pero que la tontería de que ha dado pruebas aguantando la famosas ocho calabazas. Mereca usted que el chico abriera los ojos y se decidiera de una vez por esa otra amiga de que me dice usted misma que está muy enmorada de él. Las desconfianzas, sin fundamento, de que usted blasona, debieran tener un justo castigo, que nada hay más insoportable—y perdón de usted el calificativo—que las insensatas pretensiones de que en su carta hace esta constante.

Le pido perdón por mi franqueza y paso á darle la receta que me pide para los orzuelos, sin que esté demás que sepá usted que *ojos no se escriben con h*.

Se lavan con agua de aña y por la noche se aplica una cataplasma caliente de harina de arroz, migas de pan y leche. Además, sigase un régimen

alimenticio y tómese un purgante ligero.

**Ofelia del Río.**—Para conseguir el rizado de los cabellos lisos le doy con mucho gusto la siguiente receta, agradeciéndole sus frases de amable cortesía.

Se mezcla un poco de semillas de linaza y raíces de altea en cantidades iguales, y luego se hace hervir, se pasa y se deja enfriar, mojándose en seguida en esta preparación los cabellos que se deseen rizar.

Respecto á los peinados, hija mía, no puedo aconsejarle ninguno determinado. Vea usted los modelos en los figurines que a menudo publicamos. Además, mejor que seguir las instrucciones de la moda, es preferible llevar el que mejor siente.

Si tiene usted la suerte de que le toque algún premio de nuestro sorteo de regalos, cosa que yo celebraré mucho, no tiene que hacer otra cosa que presentarse en las oficinas administrativas el recibo último de abono á LA MODA PRÁCTICA, que la acredite como tal suscriptor, y en seguida, *ipso facto*, le entregarán el premio.

**Hispanófila.**—Para hacer que los cabellos adquieran, gradualmente, su primitivo color, estropeado por el uso de los tintes, no hay mejor procedimiento que aplicarse lociones de la fórmula del agua Oriental, que no ensucia ni es perjudicial á la salud.

**Una friolera.**—La lanolina, para quitar arrugas, se emplea sola, sin ninguna otra pomada, y se aplica en lociones.

En cuanto á remedio para las canas prematuras, vea usted lo que en este mismo número aconsejo á *Hispanófila*. Hay un tinte instantáneo que inventó una francesa muy sabia en recetas de tocador y que tituló «*La Jouvence*».

**Catalina de Médicis.**—Cuanto me alegraría poder enviarle un retrato mío! Como iba usted á rectifi-

car, entonces, ese amable concepto que tiene de mi hermosura!

En fin, de todas suertes, yo le agradezco muchísimo el caprichoso retrato que de mí físico se ha forjado usted. La receta del agua rizador de los cabellos la puede usted encontrar en la respuesta que en este mismo número doy á *Ofelia del Río*.

Me pide usted que le indique algo con que hacer desaparecer los hoyos de viruelas. Le recomiendo que se pase ligeramente un agujero, poniéndose después un emplastro de almidón y unguento napolitano, indicándose así mismo el empleo de un preparado muy conocido que se llama Agua de Belza.

Para la conservación y blancura de las manos son muy provechosas las mezclas de las pastas de almendra y salvado, así como también dan muy buen resultado las que se hacen con glicerina y almidón.

En este mismo número podrá usted ver la fórmula del agua rizador de cabellos lisos, sintiendo que, por no haber llegado antes el turno á su carta, no la haya podido complacer con la premura que usted solicitaba.

**Cleó de Merode.**—Cuando hace algún tiempo se presentó en la Zarzuela la célebre *divette*, un periodista travieso hizo una curiosa información acerca de si el peinado de la célebre artista era por capricho ó porque en realidad carecía de orejas. Yo puedo decirle, en secreto, que las famosas cocas no obedecen á la que la Cleó esté desprovista de orejas, sino á que éstas son feas. Comprende usted ahora? Nada tiene que ver que imite usted el peinado en cuestión. Ahora, que para tales originalidades, precisa que se sea muy guapa. Y usted lo será, yo no lo dudo. Mas lo que no me parece bien es que se vean canas en los bandos. Mejor es, por tanto, que no las use usted. Mas si en ello se empeña, retoque los mechones con agua

Oriental, haciéndolo en suaves y frescas lociones y teniendo constancia en el tratamiento.

**A una que está de luto.**—Lleve usted el manto un año entero. Después, velo de crepín. Respeto á la forma de la falda sencilla, sin «requilorios» y rasante con el suelo. Gracias por sus amables frases, y pregunte usted cuanto desee, en la seguridad de que responderé con gusto.

**Elena.**—La crema *Izur* la encontrará, Carmen, y es lo mejor que puede emplear para preservarse de los malos efectos del sol y del aire.

**Una moena sensible.**—Me hago cargo perfectamente de esas huellas raras que tiene usted en el rostro. Y para ello hay un remedio indicado, de buenos resultados, y es un elixir de vida, novísimo secreto de belleza. También le aconsejo el uso de unos polvos especiales, muy adherentes, que obran á modo de afeite y con lo que dicen las coquetas que se logra aparentar una eterna juventud.

**A unos ojos garzos.**—Por lo que usted me indica estaría muy bien una blusa de encaje inglés, sin que esto quiera decir que no pueda ser de milia. Las levitas, si continúan llevándose largas.

En la Administración han tomado nota de su envío de sellos como abono del periódico. También he recibido, y ha sido entregado, el cupón para el sorteo de regalos. En cuanto á la forma y clase del vestido para una jovencita de quince años, en LA MODA PRÁCTICA aparecen frecuentemente lindos y últimos figurines, que llevan la explicación correspondiente. Mejor que cuanto yo pueda decirle la ilustrará el repasar modelos.

*La Secretaria.*

## El servicio doméstico.

Jamás debe consentirse que los criados hagan hoy una cosa y mañana otra; es decir, que no es prudente alterar las obligaciones del servidor, imponiéndole cada día una distinta.

Los criados no deben andar «de aquí para allá», sino saber siempre, y en todo momento, la naturaleza de sus deberes. Lo mismo en los que obedecen que en los que mandan no es posible que ajusten sus actos á la fantasía y al capricho.

Los quehaceres ordinarios se ejecutarán todos los días de la misma manera, puesto que ellos responden á necesidades semejantes. Hay que hacer un reglamento de vida, en el que se distribuya el tiempo. Este depende más de los años que de los criados. Cada mañana se deberán dar las órdenes del día. El sistema, es excelente, sobre todo cuando se tiene la suerte de tropezar con unos buenos criados. La necesidad de este reglamento es mucho mayor cuando se trata de dirigir á un personal numeroso. La regularidad del servicio así lo exige. Las amas y criadas que no tengan buena memoria deberán servirse de apuntes.

Debe tenerse mucho cuidado de no tomar á nuestro servicio criados que estén delicados de salud; pero si enferman en casa, debemos atenderles con paternal solicitud.

El servicio—particularmente el de mesa—debe hacerse sin ruido. Las puertas jamás deben cerrarse «de golpe».

Para que nunca pueda acusarse injustamente á los criados, la señora de la casa deberá hacer á menudo el recuento de cubiertos y vajillas, siendo ahora ocasión que advertimos á las señoras que es preciso ser indulgente con nuestros servidores, procurando no regañarles mucho cuando en los cotidianos quehaceres rompen piezas de vajilla, bien que advertiéndoles que tengan cuidado.

Después de una recepción, muchas amas de casa, celosas del buen orden, no se retiran á sus habitaciones, sin guardar ellas mismas los objetos de plata y la cristalería fina.

Respecto al modo con que han de presentarse vestidos los servidores, precisa que en sus trajes resplandezca siempre la limpieza, pero sin dejarles tampoco que se «emperifollen» dema-

siado. En todo caso, ellas y ellos deberán tener buen surtido de delantales, blancos y prácticos.

En Inglaterra, las muchachas de servir llevan todas una especie de blancos gorritos adornados de puntilla.

Los delantales de las doncellas pueden ser festoneados, bordados y guarnecidos de encaje. Claro es que deben tener también otros más sencillos para menesteres de limpieza, reservando los primeros para las horas de la tarde, cuando vistan á la señora ó al servir la mesa.

Nos hablan los franceses de una novedad respecto al traje que han de llevar los criados en casa, cuando sirven la mesa, á personas de posición desahogada, que almuercen en familia, sin ceremonia alguna.

La novedad consiste en la supresión del frac, la americana ó el «smoking». No quiere decir esto que vayan á presentarse en mangas de camisa. Es que la moda ha impuesto unos bonitos chalecos, claros y á rayas, con mangas largas y negras. Es preciso que lleven delantal; no así los guantes, que tienden á suprimirse, pero cerciorándose de que el criado se lava las manos momentos antes de servir el almuerzo.

Para la comida, si la familia vive con cierta etiqueta, ya se impone el frac, con chaleco blan-

co y corbata, blanca también, con guantes de algodón blanco, asimismo.

Las niñeras deben salir siempre á la calle con delantal y cofia.

En las casas de «alto copete», que tienen mayordomo ó ama de llaves, es preciso que los primeros lleven al cuello una larga cadena de plata, indicadora de sus funciones, así como el ama de gobierno irá tocada con una cofia con cintas, estando dispensada de llevar delantal.

Las criadas «para todo» deben tener varias clases de delantales: uno azul para la limpieza de la casa, otro blanco para servir á la mesa y otro más adornado para salir á la calle.

Claro es que lo más bonito y mejor, en lo que se refiere al traje de los criados, es la librea, particularmente las antiguas, con el blasón de la casa. Pero esta clase de uniformes sólo debe hacerse que la lleven los servidores en los días de gala, cuando se trate de un acontecimiento familiar: boda, bautizo ú otras grandes fiestas.

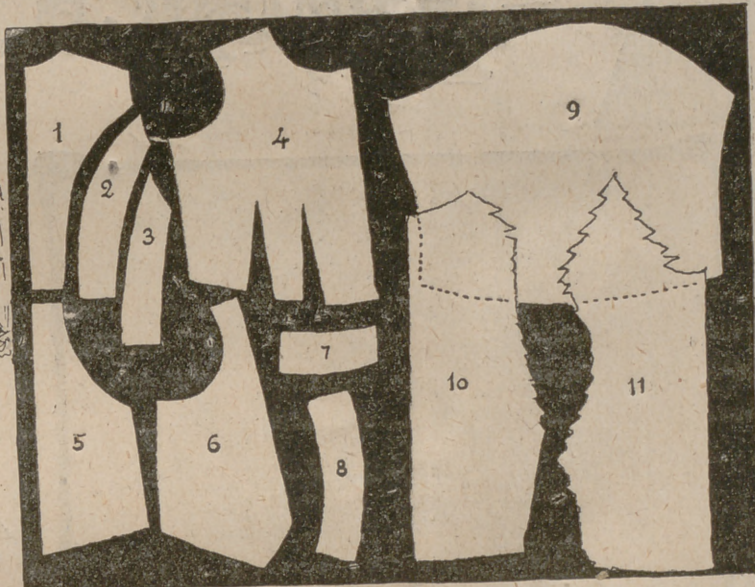
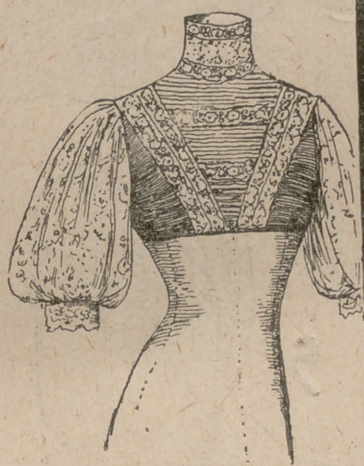
De ordinario, basta con la librea moderna.

Y hasta el número que viene, que seguiremos tratando el tema del servicio doméstico en sus aspectos múltiples.

(Se continuará.)



## FIGURIN DEL PATRÓN CORTADO



Es el de este número el patrón de una camiseta ó cuerpo interior para usarlo como cubre-corsé ó para debajo de una chaqueta ó abrigo de tarde.

Está formado sobre la base de las piezas números 1, 2, 3 y 4, que pueden ser de tul ó forro. De estas piezas, la 1, 2 y 3 constituyen la espalda en forma; la número 4 es el delantero.

Las piezas números 5 y 6 son las vistas exteriores de la espalda y el delantero, respectivamente, que se colocan sobre la anterior es y pueden ser de muselina de seda.

Las piezas números 7 y 8 son las correspondientes al cuello y puños de la manga que se adornan con puntilla.

La 9 es la manga para hacer farol, que puede ser de batista bordada y calada ó de tul moteado.

Las piezas números 10 y 11 son los patrones para cortar, sobre gasa, el pechero y la espalda; después de cortadas se hacen las jirretas y se sobrepone dos bandas de puntilla ó un entredós ancho, limitando el escote.

Córtense dos partes de todas las piezas.



## Charlemos.

Del rubor

Fisiológicamente hablando, el rubor es un fenómeno de parálisis momentánea, producido por la inacción de los nervios «constrictores» sobre los vasos sanguíneos, lo cual da lugar á una extraordinaria afluencia de sangre, haciéndose visible el enrojecimiento del rostro por transparencia cutánea en las personas atacadas de esta enfermedad.

Las que la padecen, apenas sienten que se ruborizan, y aun desde el momento en que surge en su imaginación la idea de que puedan ruborizarse, quedan en una situación angustiosa, que les es característica.

Inmediatamente se dan cuenta de que el rubor cubre sus mejillas, y les parece que esto les hace objeto de la curiosidad y de las miradas de los circunstantes, que lo interpretan de modo irrisorio y ofensivo.

Esta impresión no tarda en hacerse intensísima y en provocar un malestar moral y físico, en que la mente se ve asaltada por tumultuosas ideas de vergüenza y deshonra.

Las consecuencias de este estado no tardan en hacerse sentir. La paciente comprende que, cuantos esfuerzos haga para dominar el rubor, son inútiles, y entonces busca ocasión para evitar toda causa, incluso las

más vulgares, que pudieran alterar su espíritu, rehuendo el trato de gentes y hasta las formalidades más sencillas de la vida social, como la de ser presentada á un caballero ó entrar en un salón donde estén reunidas muchas personas, y las mil y una majaderías á que nos conduce la debilidad irritable del sistema nervioso.

En el terreno psicológico, este temor neurasténico se explica, produciendo la exageración morbosa de todas las ideas que atañen al pudor, revistiéndolo de los caracteres intelectuales y emociones propias de las ideas obsesivas, y más especialmente del temor de caer en ridículo, de ser considerada culpable ó incapaz de nada bueno en la vida.

Se comprende, por tanto, que las enfermas, víctimas de estas excesivas tensiones internas que les produce la impresión de un tormento intolerable, deseen librarse del rubor, aun á costa de grandes sacrificios.

La curación es posible en la mayor parte de los casos; para ello es preciso, por una parte, atender al temor vago irracional que constituye la base del mecanismo intelectual y combatirla directamente, desechando temores pueriles; por otra parte, hay que restituir á los nervios constrictores de los vasos sanguíneos su energía normal.

¿Cómo se consigue el milagro? No teniendo ni por nada ni por nadie ni un adarme de aprensión.



Nombre para bordar en ropa blanca de señora.

## Estafeta de la Dirección.

**Antonio J. Pajarero** — Ricibida su poesía, hemos tenido el gusto de remitírsela á la interesada y tanto ella como este humilde servidor damos á usted las gracias por su delicada atención. Ahora bien; lo de publicarla ya es harina de otro costal. Comprenderá usted que si publicáramos una poesía

dedicada, vendría un verdadero diluvio de composiciones á esta casa, y eso sería una verdadera desgracia, así es, que si usted no lo toma á mal; prescindiremos de *Las regatas*, y mientras tanto puede usted ir mandando alguna otra poesía más corta y sin alusiones, á ver si tenemos todos mejor suerte.

Espero que sí.

**Una andaluza R. de V.** — Quedo perpleja ante su nota de pedido, pues usted no especifica si es un patrón ó un dibujo lo que desea; por consiguiente, permíteme si no puedo complacerla hasta que usted no sea más explícita.

**E. Mentaberry.** — Cuanto siento tener que manifestar que no podemos publicar sus trabajos. Hay en ellos cosas algo subditas de color para una publicación esencialmente femenina. Su lira no ha comprendido bien nuestra revista, ó nuestra revista no ha encajado bien en su lira. Intente usted otro camino y envíenos el fruto, que siempre será bien recibido y considerado con cariño.

## A NUESTRAS SUSCRIPTORAS RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS

**Mercería, mantelería, géneros de punto, puntillas.** *Alonso y C.<sup>a</sup>* — Pontejos, 1.

Para enseñanza de corte, *Prudencia Olivares.* Villanueva, 17. Madrid.

Novedades para señoras. Encajes, confecciones, lanería. *Martín C.<sup>a</sup> Labiano.* Plaza Santa Cruz, 1.

**REGLAS** Método infalible para toda clase de retrasos. Cheque de 11 francos ó vales internacionales. *Farmacia: Burot, 18, Nantes (Francia).*

**Festones para bordar.** *M. Guiseris, Montera, 41, Madrid.*



Elegante figurin de blusa y sombrero para verano.



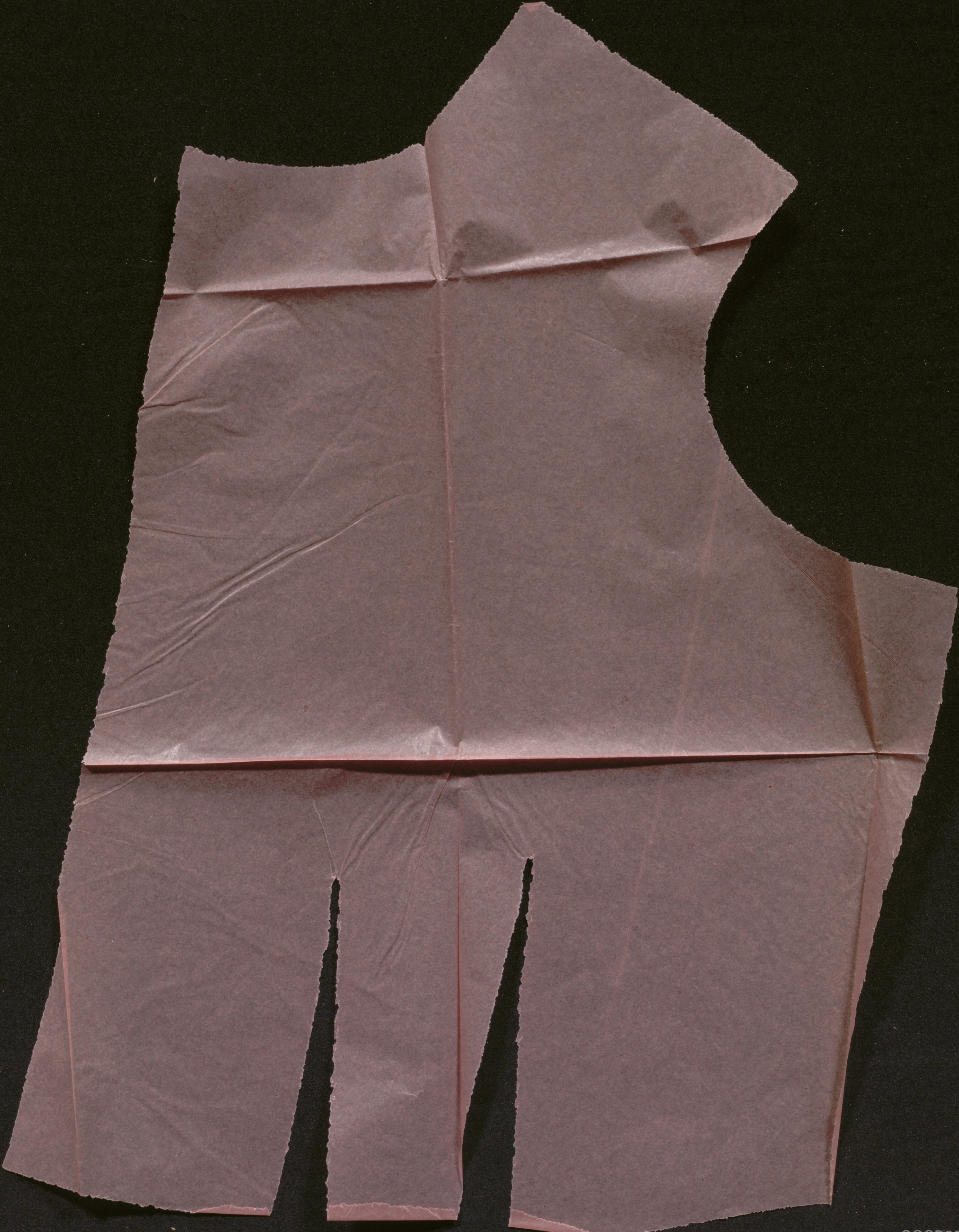


PATRÓN COSTA  
REGALO DE  
LA MODA PRÁCTICA

Este patrón no puede ser vendido  
separadamente sin el número de  
LA MODA PRÁCTICA

El Financiero

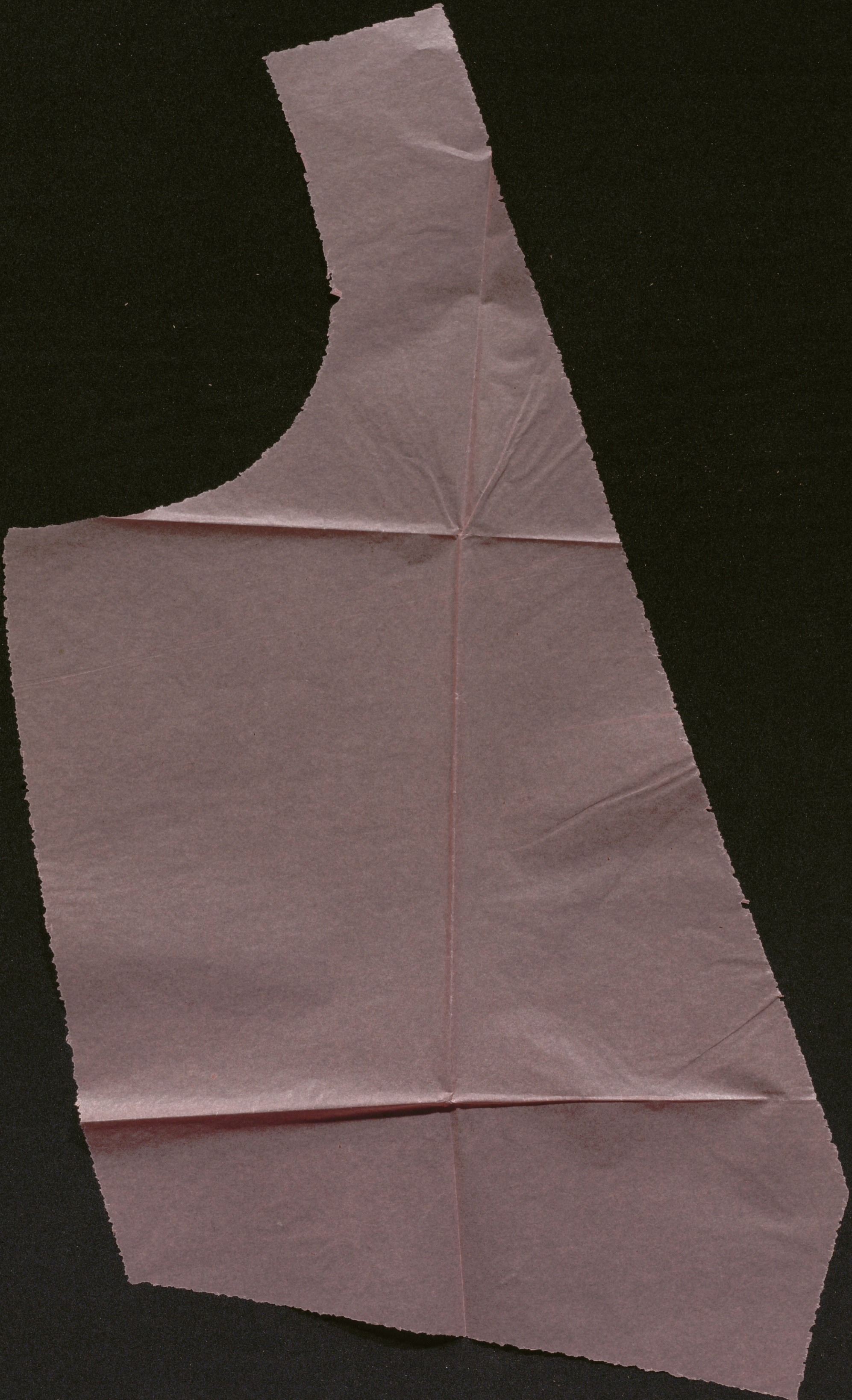




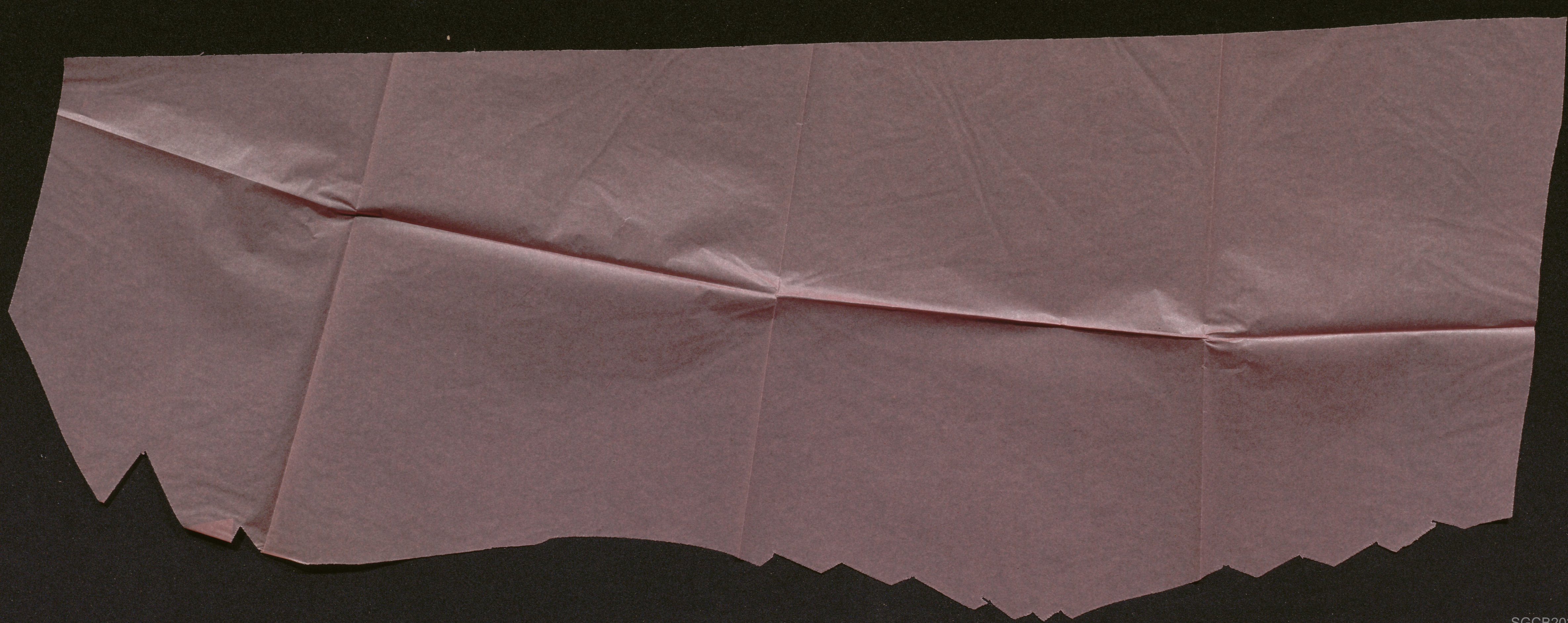




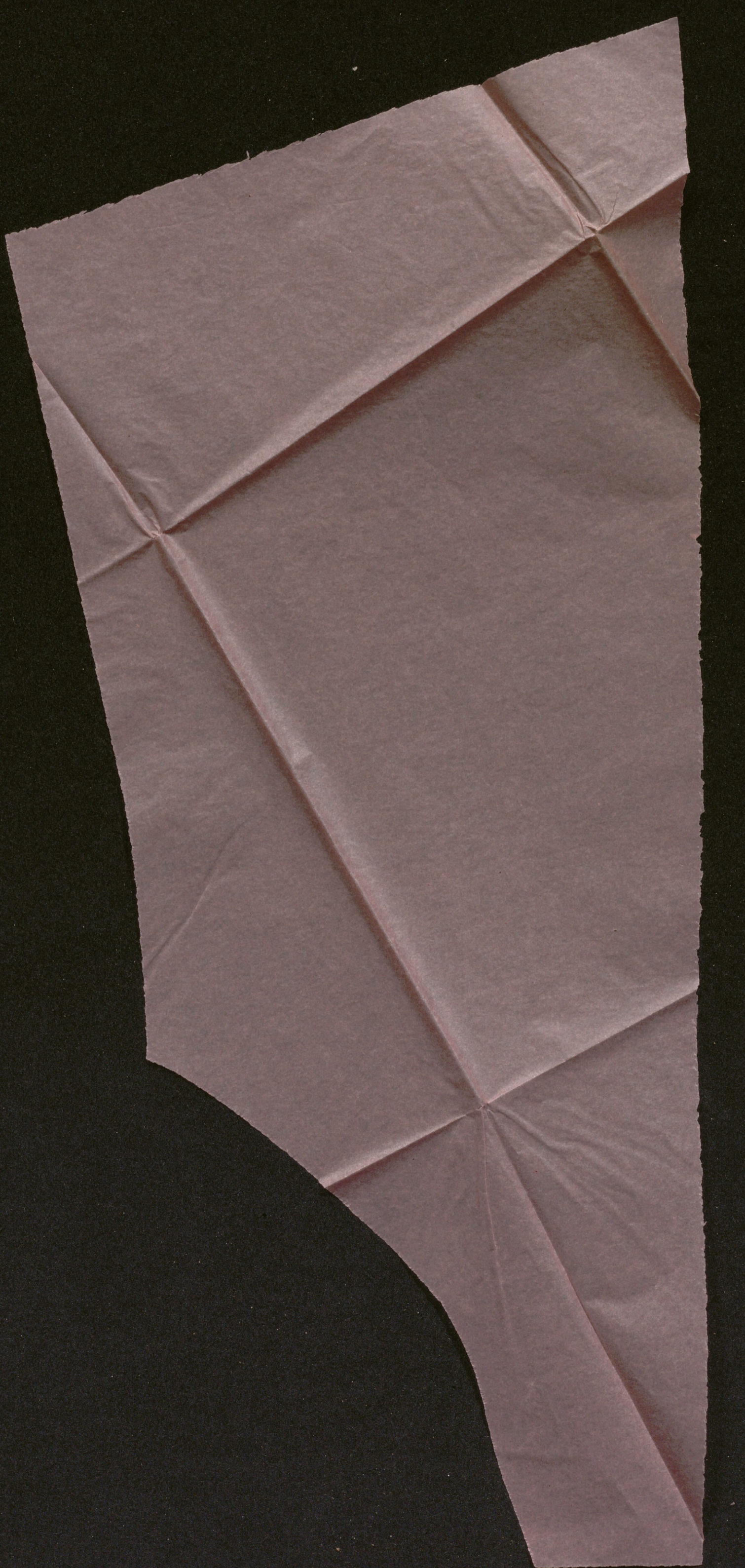




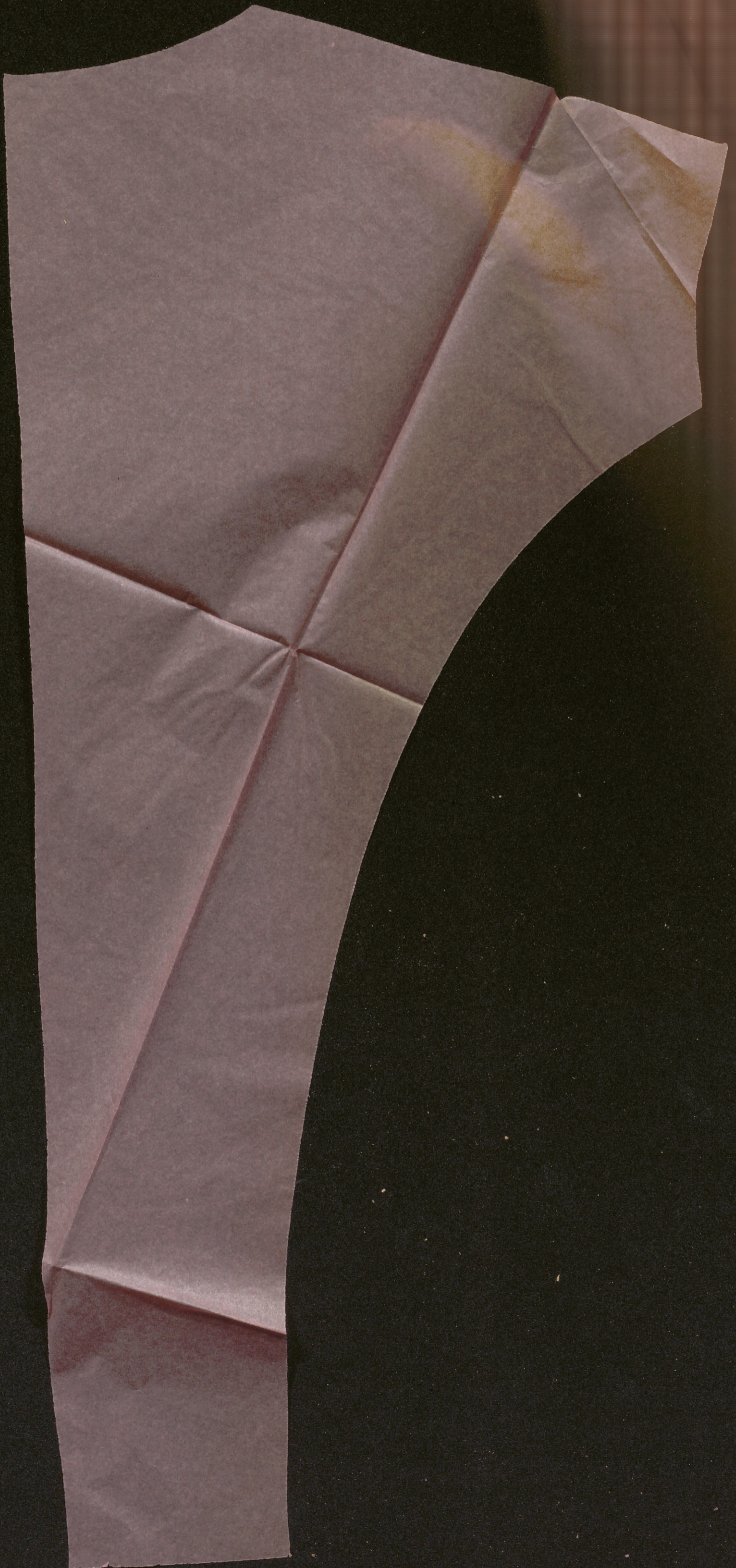




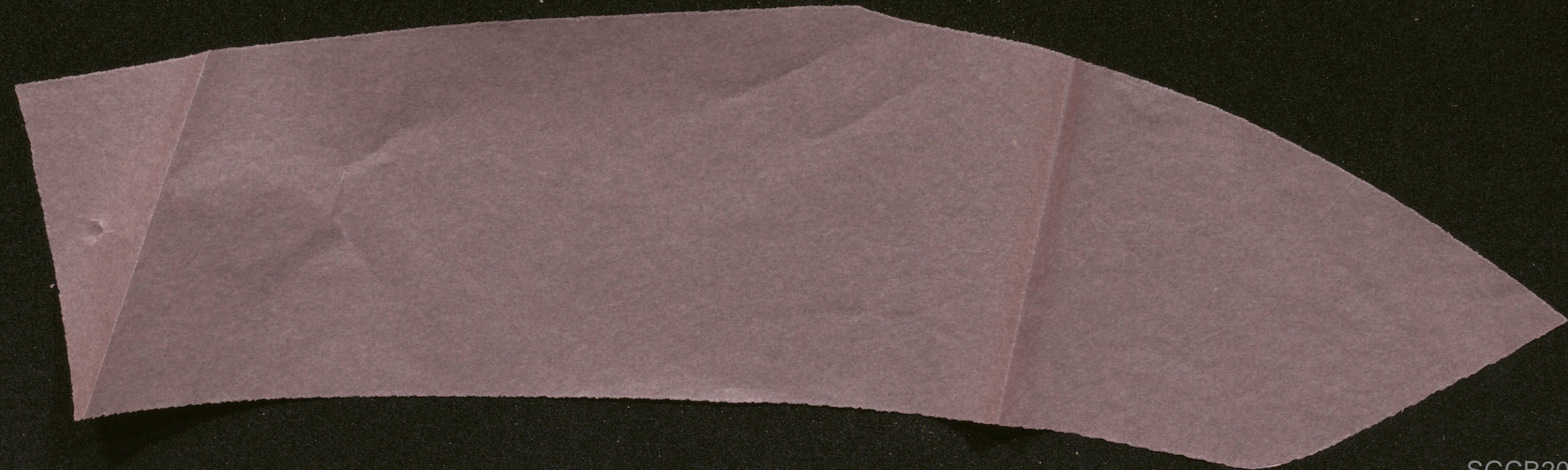




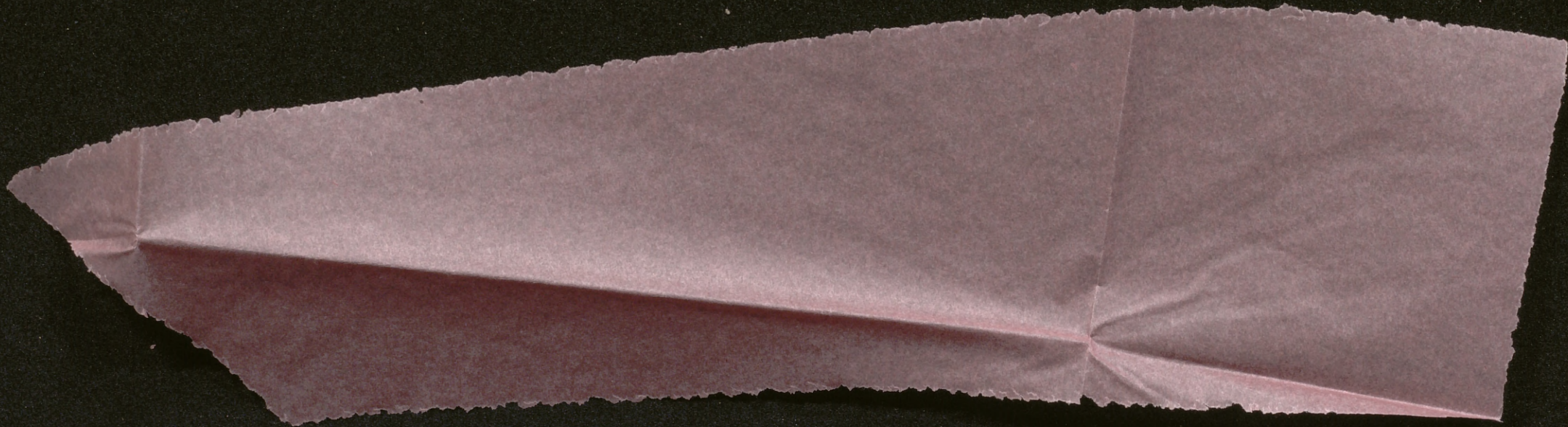






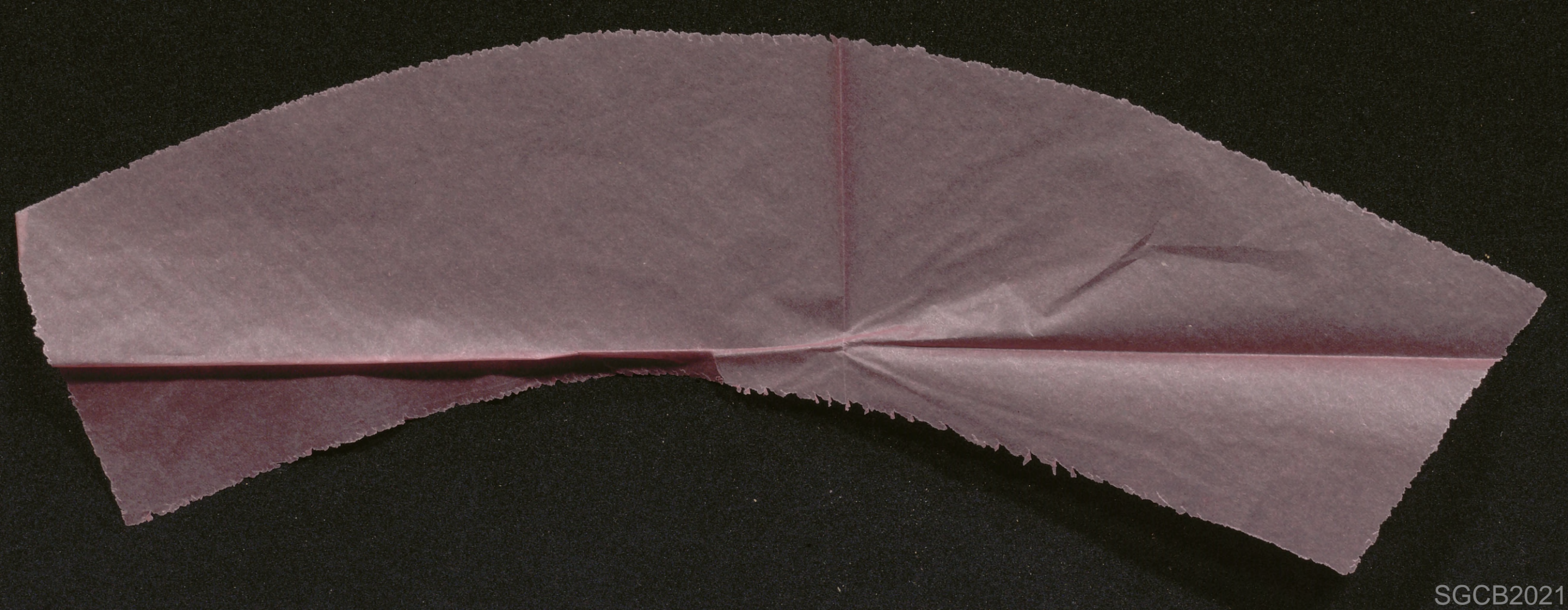




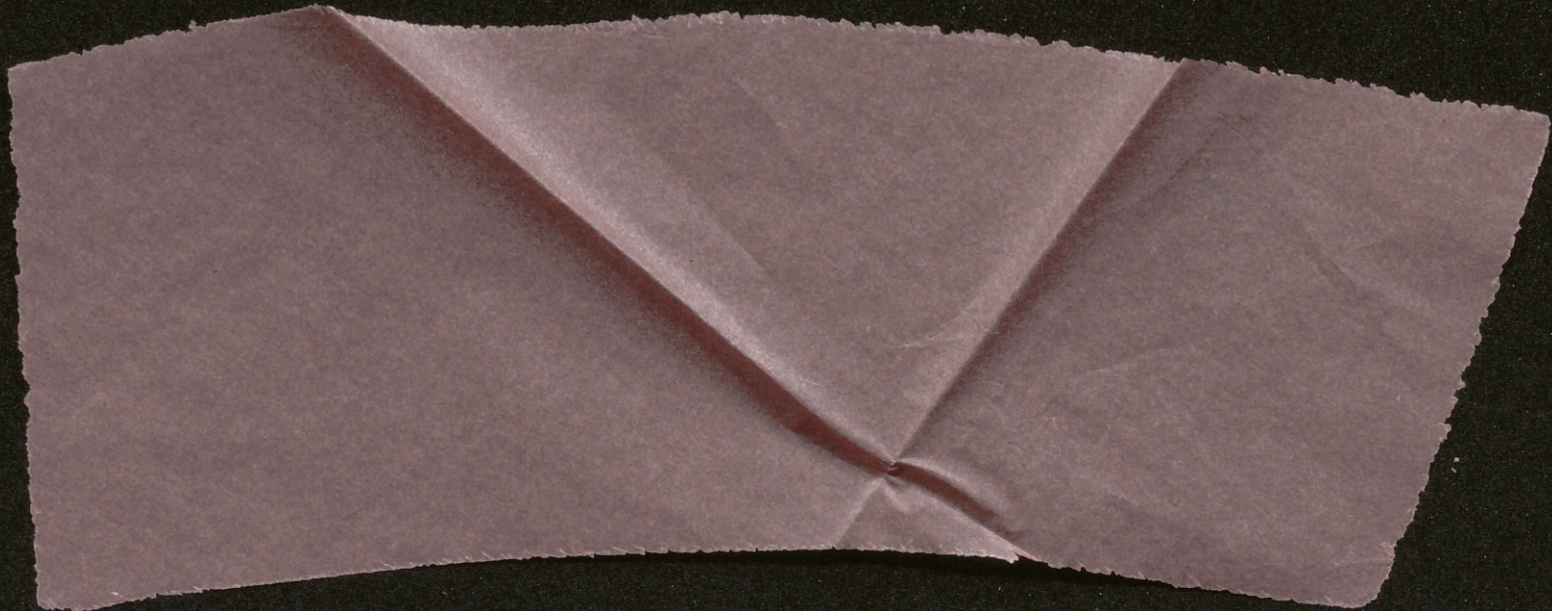


SGCB2021









SGCB2021



# La Moda Práctica



3